# LAS MIL Y UNA TARDES

La importancia de Antonio Machado, el conocimiento que hay de él, la dinamización del centenario. Imposible cometer la ingenuidad de «descubrirlo». Imposible volver sobre lo dicho. Imposible hablar de Machado con cierta garantía de originalidad. A estos efectos, mejor la ignorancia, empezar de nuevo. Pero también la ignorancia es imposible, y el trabajo de divulgación y la faena de aliño y convertirse en un papagayo. Entre tanto, se hojean las *Poesías completas,* el *Juan de Mairena,* los prólogos, las biografías (me llama la atención especialmente la de José María Valverde, que funde con eficacia el dato estrictamente biográfico y el estudio literario), en procura de algún matiz no obsolutamente decantado por la numerosísima colonia de estudiosos y simpatizantes. La relectura del maestro sevillano incita a liarse la manta a la cabeza y a festejar, como de ayer, las imágenes poéticas, el universo de la piedra, el agua y las canciones a corro de los niños, que *llevan / confusa la historia / y clara la pena,* o cualquier bello asunto ibérico de campanas y olivos polvorientos, o la filosofía de la soledad rural, o la calidad del compromiso político, el escepticismo individual, o la emoción de la estameña romancera. Todo tiene su brillante apólogo, es el sentir común. En esta desorientación tropiezo varias veces con una palabra que me es cara: la tarde. Cojo un lápiz rojo y empiezo a señalar, aburridamente, en el calor de una tarde de julio, las veces que don Antonio ha empleado en su poemática la palabra «tarde» o un giro metafórico similar. La periférica casa de Madrid en la que vivo hierve a las cuatro de la tarde en las postrimerías de julio, uno de esos veranos que hacen época, las vacaciones próximas, el hastío urbano inconmensurable depositado en el cemento y en el parabrisas de los ruidosos motores. Sólo, abrumado, con las persianas echadas para evitar la flama de lo que ya no es campo, sino un cúmulo de ladrillo rojo con algo de precarios jardincitos, voy grafiando la palabra «tarde» en los poemas de Machado, sin claro propósito, para no perder la jornada, ya que lo único decente, en el

ámbito racional, es que pase esta tarde de calor y, en el ámbito ideal, romper hacia una playa. El libro se llena rápidamente de anotaciones rojas. En las primeras cien páginas hay más de setenta citas concretas de la palabra «tarde», sin contar, por supuesto, los juegos metafóricos y la urdimbre asociativa y «argumental» a que da lugar. Incluso cabría la posibilidad de construir un artículo sobre el tema de la tarde en Machado. La tarde cae, la mía, y puedo alzar la persiana. Me encuentro con el atardecer afuera y con que quiero escribir sobre la tarde en Machado. No se me negará alguna coherencia. En la tarde mía hay camiones, motocicletas, sudor, escombros, toldos echados, chopos que no «tiemblan» porque no hay una gota de aire, adelfas que se deshojan en el sofoco, niñerío estridente, preñadas guapetonas que arrastran sus playeras, y es una tarde, aunque parezca increíble, tambien castellana. Es, justamente, «una» tarde. Pero de don Antonio tengo grafiada aquí casi todas sus tardes, casi todos sus atardeceres, para decirlo con mayor precisión. Atardecer vivo, real, y atardeceres ya de papel, de una persona muerta. Sin embargo, los atardeceres de Antonio Machado tienen tanta o más fuerza que esta misma tarde que yo estoy viviendo con los poros abiertos, el cielo sucio y una masa de gente irritada que regresa del centro urbano. Mi tarde es transitiva, la sufro para acceder a algo, la vivo para que pase y discurra y, como en el lenguaje taurino, me ponga en suerte de terminar el artículo, disfrutar las vacaciones, salir de copas, pisar la playa de Cádiz, recordar y futurizar. El presente es lo único que, matemáticamente hablando, existe y de lo que somos menos conscientes. El presente es lo que se evade, esfuma y muere, precisamente por su condición de presente y de «cosa» viva. ¿Cómo se van a evadir el pasado y el futuro si no existen? Que lo histórico personal —el pasado— y el núcleo de presunciones —el futuro— tengan más «realidad» que lo único verdaderamente real y objetivo, el presente, no es tema sencillo para tratarlo aquí (aunque pertenecieron a la órbita de Machado). Sólo nos importa ahora del misterioso planteamiento conocer que si los atardeceres de Machado —perdidos, irredentos— parecen tener más corporeidad y vigencia que los signos de mi propia tarde presente y viva es porque, simplemente, se subsumen en la mecánica del pasado, es decir, que las tardes de Machado son como mis propias tardes pasadas (no perdidas: una tarde puede haber pasado y no estar «perdida»; se pierde lo que con un poco de atención, astucia o voluntariedad pudo no haberse perdido, un alfiler de corbata o un cargo político; se pierde lo que es susceptible de guardar, la honra o un viaje a Samarkanda, mas *¿perder* las tardes, los años, la vida, ese producto tan irreversible y absolutamente colectivo, como el que pierde el favor de un jefe?). De

modo que entre los versos de un poeta muerto y mi pasado personal verpertino brota un cierto tipo de identificación que le confiere realidad profunda a toda la fantasmagoría de las tardes idas, ajenas o privativas, e inocuidad cansada y nerviosa al extraordinario fenómeno ininteligible de la tarde presente, la única que, sin embargo, manda, el único punto de referencia, la que con su *objetable* presencia consigue que las demás tardes emerjan de un mundo esfumado ni siquiera en el polvo, en la nada, y se encadenen a la unidad temporal hecha posible por un concurso de circunstancias, entre las que destacan la ambición poética raedora del tiempo y mi no desdeñable existencia que por lo menos sirve para conciliar tales elementos, así como la sucesión de las tardes. Una imagen poética sólo es legible a partir de la experiencia personal o de la posibilidad de esta experiencia.

La sobreabundancia de la tarde en Machado puede tener en principio dos claras razones, una de carácter eufónico, rítmico, y otra de orden expresivo, por las resonancias de suave melancolía, serenidad, hechizo, relajamiento, madurez del ser diurno y reflexionabilidad. Pero yo me inclino a pensar que la tarde, la atardecida, era en Machado su vivencia más inmediata y directa, era que la tarde lo agarraba con la pluma en la mano, o mirando en vigía inspirativa tras los cristales, o divagando por las ciudades levíticas en que le tocó vivir. La hora del paseo, la hora de reasunción de los aconteceres del día, la hora un tanto mágica, estática, soñadora, confortable y triste, cuando se levantan los olores, palidece el color, se suspenden los afanes cotidianos y el individuo, en esa niebla rosácea o lívida, parece que puede remitirse un poco más a sí mismo, retornar al cordón umbilical de la personalidad agredida, o frustrada, o jubilosa, pero consumada y a punto de inmiscuirse en el pasado, ceniza tibia de la que el poeta deja constancia.

Las tardes de Machado se pintan en los húmedos cristales y en el fondo de los espejos; conjugan la lluvia y la monotonía, la hiedra y la fuente, los mirtos talares y el diálogo fraterno *(Fue una clara tarde del lento verano... / Tú venías solo con tu pena, hermano; / tus labios besaron mi linfa serena, / y en la clara tarde, dijeron tu pena).* La tarde es parda y fría, clara y lenta o está muerta. Huele a yerbabuena, a albahaca y, en el eterno conflicto entre el corazón y la cabeza, es en el ambiente de la tarde donde *flota ese aroma de ausencia que dice al alma luminosa: nunca, y al corazón: espera.* Si Machado va soñando caminos, sueña *caminos de la tarde,* absorto en el solitario *crepúsculo vespertino,* entre los álamos verdes, las cigarras y el cangilón

de la noria, y piensa: *¡Hermosa tarde, nota de la lira inmensa / toda desdén y armonía; / hermosa tarde, tú curas la pobre melancolía / de este rincón vanidoso, oscuro rincón que piensa!* La tarde, una totalizadora descripción de la tarde campesina —cangilón, lucero, polvo, grillo, viento, agua fluvial—, es para Machado el «escenario» del poema, el «hilo argumental», que le sirve de catarsis y noble pretexto para establecer conexiones entre el entorno físico y los anhelos anímicos, la desolación enigmática del alma humana sola, como el agua sombría que pasa bajo el puente. La tarde lo es todo, genera hastío, angustia o el nacimiento de una ilusión: *Abre el balcón. La hora / de una ilusión se acerca... / La tarde se ha dormido / y las campanas sueñan.* La tarde lo es todo y no es nada, tiene una faz inmutable o una vida propia que responde a leyes independientes, pero de hecho la tarde se tiñe con los sentimientos particulares del ser humano que la vive. De esta manera la tarde, en su luz opalescente, incruenta y remota, refleja la biografía íntima de Antonio Machado, sus dudas filosóficas, su paciencia heraclitiana, su escepticismo relativista básico y su fe humanista y social como una superación ética, su amor y su amorío y, fundamentalmente, la veta contrastada y fértil poéticamente de las dos patrias, nacer en el sensual y barroco sur y amar en el páramo castellano, el limonero y el chopo, el olor a jazmín y el olor a zarzal en flor, la brisa suave y el cierzo helado, casi igual fenomenología psíquica que la del escritor exiliado, un Camus con nostalglia de Argelia, un Saroyan con nostalgia de Armenia o un Alberti con nostalgia del Puerto de Santa María. La tarde para Machado es una trivial muletilla de eufónica pronunciación o es el arcén de una interrogante metafísica; es la vasta compañera del soliloquio campesino, la que con su vuelo de campanas, antiguas moscas familiares, espejos encendidos, olivos polvorientos, permite al hombre reflexivo un cada día renovado amago de renuncia, ese sabio ungüento que, sin embargo, exige el conocimiento previo de una ofuscada pasión vital —otro elemento de contraste sin el cual no hay valoración que valga—, y el conjunto prepara, ¿por qué no? a bien morir, pues al final se sabe que nada sirve para nada y que lo único que hacemos es sobrevivir enamorados de una mujer o del cangilón de una noria. Todo eso, por supuesto, no impide la contenida alucinación de la tarde:

*Está la plaza sombría;*
*muere el día.*
*Suenan lejos las campanas.*

*De balcones y ventanas*
*se iluminan las vidrieras,*
*con reflejos mortecinos,*
*como huesos blanquecinos*
*y borrosas calaveras.*

*En toda la tarde brilla*
*una luz de pesadilla.*
*Está el sol en el ocaso.*
*Suena el eco de mi paso.*

*—¿Eres tú? Ya te esperaba...*
*—No eras tú a quien yo buscaba.*

Hasta un hombre tan temperado como Antonio Machado se deja conducir por las tardes al país de la quimera, de la esperanza *(y hacia un jardín de eterna primavera / te llevarán un día).* Toda la nostalgia de la juventud cabe en una tarde:

*Tarde tranquila, casi*
*con placidez de alma,*
*para ser joven, para haberlo sido*
*cuando Dios quiso, para*
*tener algunas alegrías... lejos,*
*y poder dulcemente recordarlas.*

Estampas risueñas y luminosas, con cigüeñas, golondrinas y campanas, en que quizá el poeta ha movido jocundamente la cabeza, o tardes apesadumbradas que ponen de relieve la orfandad solitaria *(En una tarde cenicienta y mustia, / destartalada, como el alma mía; / y es esta vieja angustia / que habita mi usual hipocondría),* el dolor inexplicable, un dolor, por cierto, rápidamente diseccionado, en una tarde: *tú eres nostalgia de la vida buena,* hasta que cunde, en tanta tarde, en tanta espera, la pregunta nihilista: *¿Qué buscas, / poeta, en el ocaso?* harto de caminar, la tarde muriéndose *como un hogar humilde que se apaga,* en el otoño, con árboles heridos y el poeta preguntándose a sí mismo si es que de verdad se ha puesto a llorar.

Ya podemos evocar, desde esta tarde calurosa, madrileña, castellana, podrida, a Machado vagabundo, meditabundo sobre las tardes (no se está ni «bajo» ni «sobre» la tarde, pues la tarde nos rodea; se está «en» la tarde, pero Machado bien puede estar sobre la tarde, porque la tarde desapareció y la única memoria es la del verso), meditabundo sobre las tardes derramadas en el río (Duero, Guadalquivir, Eresma), en el campanario, en el cristal llovido, en el vencejo, en el rastrojo, en la encina, en el surco, en la noria, en el jardín de-

cadentón, tardes que tienen su vocabulario privativo, y de esta manera hay tardes «claras», «mustias», «destartaladas», «polvorientas», «luminosas», «desabridas», «húmedas», «tranquilas», «cenicientas», «hermosas», «dormidas», «campesinas»- «ventosas», «caseras» y «místicas», entre otras; tardes que no se definen por su importancia histórica ni colectiva, sino por su ambiguo matiz cotidiano y «vulgar», individualizado, que a mí me parece, dentro del relativismo filosófico, una de las maneras más profundas de acceder a la sensación del tiempo, un devenir despejado del mojón del acontecimiento.

La emotividad del atardecer en Machado, que se va espaciando a medida que el individuo entra en el desengaño personal, en la esperanza política, en la expresión madura y conceptual, quizá alcanza su culminación y su renuncia en el poema de la «tarde disecada»:

*Tengo dentro de un herbario*
*una tarde disecada,*
*lila, violeta y dorada.*
*Caprichos de solitario.*

Así es que mi propia tarde, tras este baño vespertino-machadiano, camina hacia su propia consunción. Ha salido la «lágrima» en el azul no celeste, turbio, sin campanarios, ni silencio, ni paz, ni maldita la cosa que se le parezca. Camiones. Automóviles en fila que regresan a las oficinas. El ferrocarril suburbano evacua un río de gente cansada. El río de gente cansada —bendito Duero— se sitúa en la cola de un autobús para llegar a su casa, a su pueblo-dormitorio. Los niños de abajo no son los de Machado, qué va. Aquéllos cantaban ingenuas canciones apenadas en la recoleta plaza. Yo a éstos los mandaría, como a los personajes de Julio Verne, dos años de vacaciones y no precisamente con el objeto de que vivieran una bella aventura, sino para quitármelos de en medio. Frente a estos niños la poesía no puede ser más que un producto bilioso. La soterrada ternura, que ya sé que surge en momentos inopinados, se va al cuerno ante el pavoroso problema demográfico, los pueblos-dormitorio y la incapacidad política para resolver todo eso. Así es que mi tarde se consume entre pitas, chillidos, tocadiscos. Dentro de poco el párroco montará su verbena en el descampado y será la de Dios, o autorizará la instalación de un circo y el olor a defecación de fieras invadirá la zona.

Pero la emoción de la tarde, y este es el problema de unidad, no se reduce a una ventana ni a una experiencia personal. Cuando la experiencia personal es compleja, tiene la desdichada necesidad de asumir otras experiencias y evocar las posibilidades de la primera.

Así es como surge la nostalgia de exprimir la tarde en vez de considerarla un objeto de estudio. Lo malo es que aunque la tarde sea considerada un objeto de estudio sigue siendo la tarde, sólo que una tarde trabajada y densa, encerrado a solas con los papeles de un muerto, a punto de encenderse los televisores, mientras el «ejecutivo» paladea su primer whisky en una cafetería de Callao, las mujeres salen con sus paquetes multicolores de los grandes almacenes y las luces eléctricas no han conseguido todavía destruir la delicadeza natural del atardecer, que a pesar del tumulto de autobuses, paquetes, reflejos metálicos y vajilla irrompible emerge por las grietas de los edificios, confunde el gasoil con algo malva, se posa en el pelo de las muchachas recién duchadas y realiza un poco el ideal de evadirse, de vagar, de mirar contemplativamente, a sabiendas de que se ha hecho lo que se ha podido y la tarde es el premio, el ideal vegetativo. Lo que ocurre es que el buen don Antonio salía a pasear por la tarde y siempre era traicionado, porque la tarde acababa planteándole con su máscara apacible los más graves problemas metafísicos de su vida, la duda metódica, la heterogeneidad del ser, la fusión sin rechinamientos de poesía y pensamiento, el alma secreta del paisaje, los compromisos de la lógica y sus límites, el conflicto de la «otredad», el diálogo platónico, el obsesivo afán de claridad y otros temas que conocen bien los expertos en Machado.

Las mil tardes de don Antonio no se consumarán jamás. La tarde restante, la mía, la «una», la única viva con su realidad convencional sin historia, ya ha muerto perforada por la masa de ladrillos rojos, absorbida por el tubo de escape de los autobuses de Móstoles. Me gustaría reclamar a los automovilistas un minuto de paro por el alma del poeta y la tarde.

*EDUARDO TIJERAS*

Maqueda, 19
MADRID-24